

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 96

25 cénts.



La gran carrera

por

Wallace Mc Donald

BIBLIOTECA ILUSION

THE CHECKERED FLAG

1926

LA GRAN CARRERA

Adaptación de la película del mismo título, en forma de
novela por

MANUEL NIETO GALAN

interpretada por

Lionel Belmore

Exclusivas: PROCINE S. A. - Claris, 71 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

LA GRAN CARRERA

PRIMERA PARTE

En la mansión de los Corbin, donde las palabras que más se barajan en todas las conversaciones son: caballo de vapor, cilindro, carburador, volante, freno, cámara, etc., etc., ha ido poco a poco, adueñándose de la voluntad del dueño, Roberto Barton, un ingeniero mecánico, que Corbin ha puesto recientemente al frente de sus talleres para inyectar sangre nueva a la vieja organización.

Sus órdenes son acatadas allí por todos los operarios, sin discusión alguna excepto por Jaime Morgan, segundo ingeniero de la fábrica Corbin y pretendiente victorioso de Florencia, la hija del propietario, quien sospechaba de las buenas intenciones del ingeniero jefe.

Cuando Morgan fué a las trincheras francesas, era todavía un niño, pero cuando volvió después de haber recibido varias veces el bautizo de sangre, se había convertido en lo que se dice todo un hombre.

Juan Corbin, el propietario de los grandes talleres de automóviles, empezó su industria construyendo tartanas y al cabo de cuarenta años hizo evolucionar su industria hasta convertirla en una gran fábrica de automóviles.

Los negocios, que hasta entonces, parecían favorecidos por la suerte empezaron a requebrarse con la instalación de otra fábrica de automóviles similar a la suya.

Corbin estaba seguro que dentro de sus talleres tenía que haber algún espía que ponía en conocimiento de sus rivales todos los medios que empleaban en la construcción de los coches y dió órdenes para que se vigilase y en caso de descubrirlo se le arrojara inmediatamente fuera de la fábrica.

Así se hizo y un día se presentó el joven Morgan diciéndole:

—He estado toda la mañana en la fábrica, señor Corbin y se han confirmado mis sospechas de que entre los obreros hay algún espía.

—¡Si yo cojo a ese pillastre, le ahogaré con mis propias manos!—exclamó indignado el señor Corbin.

—Primero tenemos que descubrirlo... y la cosa no deja de ser un tanto difícil—repuso Morgan—. De todos modos, creo que un día de estos, podré cantar victoria.

—En cuanto me lo señale usted mejor—terminó diciéndole Corbin a la vez que salía dejando a su hija sola con el ingeniero, que le dijo:

—Creo que, por fin, me ibas a decir que sí, cuando hemos sido interrumpidos por tu padre, ¿verdad, Florencia?

—No creí que fuieras tan tonto, Jaime—repuso la muchacha sonriendo—. Creí que sabrías leer en mis ojos como yo he sabido descifrar el amor que expresaban los tuyos.

La contestación no podía ser más explícita y Jaime loco de alegría, atrajo hacia él el cuerpo delicioso de la joven y la estrechó apasionadamente entre sus brazos.

En la fábrica Corbin todo era actividad y entre los mismos obreros se vigilaban unos a otros maldiciendo al compañero que hacía de espía. Hasta entonces, la lealtad de los obreros y la fe del propietario en ellos, habían conseguido que, en la terrible lucha de competencias, no quedara nunca en mal lugar la marca de la casa.



En la fábrica Corbin todo era actividad

Los obreros consideraban este fracaso, como suyo propio y ponían todo su empeño en que los éxitos se repitieran unos tras otros, sin permitir que ninguna marca nueva viniera a arrebatarle el lugar victorioso que había logrado alcanzar.

En la fábrica había un nuevo operario, era éste Marcelo Dejean, un francés que llegó a América con Jaime Morgan después del Armisticio, y que pronto se acreditó, y que pronto se acreditó como un buen trabajador y hombre excelente.

A éste le había confiado Morgan la vigilancia de los demás obreros y el buen francés no perdía a uno de ojo, con el deseo de darle un par de tortazos, como prólogo de los que le estaban esperando.

La debilidad más grande de Corbin era su hija. Viudo desde hacía bastante tiempo había cifrado en aquella criatura todos sus anhelos y ella era quien mandaba en la casa como dueña única y señora.

Cuando entró aquel día su padre en el despacho, Florencia había querido arreglárselo a su gusto y cada papel estaba por su lado.

Corbin no pudo disimular su enfado y le dijo:

—Con veinte años que llevas a mi lado, ¿no sabes todavía que no quiero que nadie toque mis papeles?

—Pero si te los estaba arreglando, papá—repusó la muchacha.

—Pues déjalos en paz y no temas por ellos. Debieras de haber aprendido de tu madre... La pobre vivió veintinueve años conmigo y ni una sola vez me cambió las cosas de su sitio—volvió a decirle Corbin.

—Pero comprende, papá, que esto más que un despacho, parece una leonera, donde tú te encierras a dar gritos y puñetazos en las mesas.

—¡Eso a ti no te importa! ¡Yo hago lo que quiero y pongo las cosas donde me da la gana, sin necesidad de consultártelo.

Ante la actitud de su padre Florencia procuró tranquilizarlo y acudió a su recurso supremo, a las lágrimas. El efecto fué rápido. Su padre al verla llorar, la atrajo cariñosamente y le dijo besándola:

—No me hagas caso, pequeña. Ya conoces mi genio, pero después de todo, haz lo que te de la gana... Tú eres la única que manda en esta casa y en este pobre viejo, y para que veas que no estoy disgustado contigo, voy a hablar un momento con Barton y en seguida vendré para que vayamos a almorcazar juntos.

Florencia aprovecho aquel momento que la dejaba sola para hacercarse el balcón y ver si la esperaba Jaime.

Así era, en efecto, el enamorado muchacho tenía la costumbre de venir todos los días a aquella hora y al ver asomarse a su novia, empezó a hacerle señas, que eran contestadas por otras de ella, sin que ni uno ni otro llegaran a entenderse.

La conversación aérea se vió interrumpida por la entrada de Corbin y Barton, que venían a recoger a la joven.

Barton aprovechó un momento de descuido del padre de Florencia para decirle



—¿Será muy difícil para un hombre obtener una promesa de sus labios?

a ésta, insistiendo una vez más en sus aspiraciones amorosas.

—Florencia, ¿cuándo me va a dar usted la alegría de salir a dar un paseo conmigo... como sé que lo hace con otros?

—Creo que esto tardará bastante tiempo—contestó la muchacha, poniéndose repentinamente seria.

—¿Será muy difícil para un hombre obtener una promesa de sus labios, Floren-

cia?—volvió a decirle el ingeniero jefe, a lo que contestó ella:

—Eso dependerá de lo que el hombre me guste.

Y salió acompañada de su padre que había vuelto a salir del cuarto donde acababa de entrar.

SEGUNDA PARTE

Jaime Morgan, en su deseo de hacer prosperar a la casa de Corbin se había pasado muchas noches robándole al sueño para inventar un nuevo carburador, gracias al cual, los coches de la casa Corbin adquirirían una velocidad máxima, imposible de ser igualada por otro alguno.

Algún tiempo después la fábrica Corbin, en víspera de la gran carrera anual, tenía cerca de sí, el éxito o el fracaso.

Los obreros no daban descanso a su trabajo y el mismo Corbin en persona acudía casi todos los días para ver los preparati-

vos que se hacían para que el premio de aquel año, como el de los anteriores, fuese para su marca.

Llamó a Jaime y le preguntó un día.

—¿Cómo van sus trabajos, Morgan?

—Perfectamente, señor. Mi carburador ya está terminado; no faltan más que los últimos toques... Vamos a hacer del Corbin el coche más veloz del mundo.

—No dude usted, que si consigue lo que se propone, sabré recompensarlo espléndidamente en la forma que usted elija— volvió a decirle Corbin.

—No cabe duda que la victoria será nuestra—le aseguró el ingeniero sin ocultar su optimismo—. Voy a explicarle el invento y verá como usted también lo asegura.

Fué a desarrollar los planos, pero Corbin le detuvo diciéndole:

—Ahora no puedo entretenerte. Vuelva usted a mi despacho dentro de una hora y hablaremos de eso.

Una hora después Jaime Morgan se presentaba en el despacho de su superior y el “botones” le dijo, impidiéndole la entrada:

—Más vale que vuelva usted en otro momento... El señor Corbin está ahora con un comprador y si le interrumpimos, es capaz de asesinarnos.

El comprador era J. Gordon Andrew, uno de esos distribuidores internacionales, en cuyas manos están las fortunas de los pequeños y grandes comerciantes.

Jaime a pesar de la prohibición entró de repente en el despacho y presentándole el nuevo modelo de su carburador empezó a darle explicaciones, interrumpiendo la conversación que tenían los dos hombres.

Corbin, irritado por aquella interrupción no pudo contenerse y arrojando lejos de él el objeto presentado por Jaime le dijo:

—Hace diez y ocho años que mi coche resiste todas las competencias, sin necesidad de modernidades, ni perfeccionamientos.

—Si yo no digo que su coche sea malo, todo lo contrario, sino que está un poco anticuado... El "Roberts", por ejemplo es mucho menos veloz que el de usted.

—“Roberts”, no hace, ni hará en su vida nada bueno—exclamó cada vez de peor humor Corbin.—Sus cacharros no podrán nunca competir con mis coches. Además, hoy tengo en mi casa a Barton, un ingeniero estupendo, que hará del “Corbin”, el automóvil más rápido del mundo, sin necesidad de nada.

Jaime ante la tenaz negativa de su jefe, no quiso insistir más y salió del despacho,



—¡Basta! ¡No quiero mas explicaciones!

con el firme propósito de seguir adelante, hasta demostrarle a Corbin el error en que se hallaba.

Aquella tarde al entrar Barton a saludar a su jefe, éste le puso en antecedentes de la proporción de Morgan y el ingeniero se echó a reír diciendo.

—Esa es una martingala de “Roberts” para hacernos perder la carrera, pero yo he tomado mis medidas y es inútil todo cuanto haga.

—Pues pierde el tiempo lastimosamente. Mis coches están bien como son y no introduciré en ellos más que las dos modificaciones de que le hablé hace unos días—respondió el propietario con una fe ciega en su ingeniero, que por tenerlo más a su favor le dijo:

—Tiene usted razón. De todos modos la victoria será nuestra. Además he encontrado a uno de los espías, que lo he traído conmigo...

—Que entre inmediatamente — ordenó Corbin.

El espía a quien había acusado Barton, convencido de su inocencia, era Marcelo Dejean, y Morgan, al enterarse de lo que se trataba, fué a su encuentro en el preciso momento que éste entraba en el despacho del propietario de la fábrica a quien le decía Barton:

—Este francés y su amigo Morgan tienen oculta una información, que sin duda tratan de vender a Roberts.

—¡Eso no es verdad!—exclamó Morgan indignado de la calumnia que se inventaba contra él.

—Si es mentira lo que yo digo ¿por qué no enseña el papel que tiene en el bolsillo?

Morgan introdujo la mano en el bolsillo de su amigo y extrayendo el papel que era

precisamente una esquema de su invento, se lo enseñó al ingeniero diciéndole:

—Ve usted lo que es. Son unos planos que me pertenecen y que no los tendrá usted nunca...

—Esos planos son robados. Después de todo no tendría nada de extraño y no sería la primera vez que este hombre lo hiciera. En Francia fué condenado una vez por delinquiente...

—Es verdad — respondió Jaime—. Fué delinquiente, pero sufrió el bautismo de la guerra y vinó aquí limpio de toda culpa.

—Parece mentira que minta usted con tanto descaro, Morgan — exclamó Barton, adelantándose hacia él y haciendo ademán de castigarlo, pero Corbin detuvo su acción diciendo:

—¡Basta! ¡No quiero más explicaciones! ¡Están ustedes despedidos!... Espero reunir las pruebas suficientes para meterles a ustedes en la cárcel.

Aquella decisión tan injusta echaba por tierra todos los planes de Morgan y veía además que desde aquel momento, había perdido, tal vez para siempre el amor de la mujer a quien adoraba con toda la fuerza de su corazón.

Su amigo al verlo tan abatido intentó animarlo diciéndole.

—No te apures Morgan... Terminaremos tu carburador en el taller que tengo en casa y lo pondrás en tu coche, para tomar parte en la carrera... Yo la verdad, estoy contentísimo con lo que acaba de suceder. De esta forma estaré todo el día en la casa y podré pelearme a cada momento con mi novia.

Hay que tener en cuenta que la casa de huéspedes donde vivía Dejean, pertenecía a la señora Holt. En ella no había lujo, ni etiquetas, pero sin embargo, la comida era abundante y sobre todo, estaba Mary, la sobrina de la dueña, una irlandesa redicha y pizpireta, que llevaba de cabeza el bueno de Marcelo Dejean.

Allí se instalaron los dos amigos, o mejor dicho se instaló Morgan, toda vez que Dejean era ya considerado casi de la familia, por la bondad de su carácter.



En la mansión de los Corbin se celebraba un espléndido baile

TERCERA PARTE

El oficio de mecánico, constantemente metido entre grasas y aceites, tiene indiscutiblemente el contra de ser de por sí bastante sucio. Por lo menos así lo creía Mary y un día al verlos entrar en estado verdaderamente lamentable, se encaró con ellos, diciéndoles:

—Bonita manera de presentarse. ¿Va usted a comer en una mesa o en un pesebre?

Y viendo que Dejean continuaba cubierto le quitó de un manotazo la gorra a la vez que decía:

—¿Desde cuándo los caballeros están cubiertos delante de una dama? —y dirigiéndose a Morgan que se reía de ver la cara que ponía su amigo, cuando la muchacha lo hizo chapuzarse en la pila, le dijo:

—Usted, en vez de reirse, podría cuidarse también de ponerse un poco más presenteble.

—Es que nosotros los inventores estamos siempre a la greña con el agua—exclamó Dejean—. Los grandes genios no se cuidan de su persona. Todo el tiempo les parece poco para llevar a cabo sus pruebas.

—¿Y por qué no buscan ustedes otro oficio más decoroso, por lo menos más presentable?

—Ante todo, Mary, déjenos usted vencer en la gran carrera... Después ya verá usted la vida de rentistas que vamos a darnos—le dijo Morgan, tratando de defender a su amigo. Pero la joven tenía para todos y le respondió despectivamente.

—Eso en el caso de que sirvan ustedes para vencer... que yo no lo he visto todavía.

—Pírda usted cuidado Mary. El carburador que he inventado nos dará la victoria y diez mil dólares por lo pronto. Luego venderemos la patente y seremos millonarios.

—Usted ve visiones, amigo... Para aquietar sus nervios necesita usted casarse o ir otra vez a la guerra.

—¡La guerra la va a ver si alguien intenta aprovecharse de nuestro invento!—exclamó Dejean, amenazando a un enemigo que nadie podía ver, puesto que sólo existía en su imaginación.

Arrostrando la terrible ira paterna Florencia, sin poder esperar por más tiempo el regreso de Jaime se presentó en aquel momento en la casa de éste, quien la condujo a su taller para enseñarle los adelantos de su carburador, explicándole.

—Con esto, puesto en mi coche, no corremos, volaremos... Y cuando volemos de la pista... al cielo, si es que tú quieras visitarlo conmigo. Pero todo mi afán hubiera sido el poder correr un coche de tu casa, Florencia, y salir vencedor.

—No te hace falta, Jaime estoy segura de que con cualquier coche vencerás... Papá está el pobre muy disgustado... parece ser que apesar de la dirección de Barton, los negocios no le van tan bien como el quisiera... ¿Por qué no le ayudas tú?

—No veo el medio, Florencia. Yo fuí despedido sin consideraciones, precisamente cuando me disponía a engrandecer la casa Corbin.

—Jaime—volvió a decirle la muchacha, tratando de convencerlo con sus caricias—. Yo te quiero mucho... tú lo sabes... hoy más que nunca. Es tu ayuda lo que te pido; por el triunfo de nuestros coches, lo sacrificaría todo... hasta mi felicidad. Papá cuenta con la carrera para popularizar su marca, si

pierde, el fracaso implica la ruina para nosotros en plazo más o menos largo.

El joven Morgan luchaba con dos sentimientos completamente opuestos, por un lado el gran amor que sentía por la joven y por otro el deseo de demostrarle a Corbin que Barton era un farsante y que le estaba engañando. Por lo mismo se resistió al deseo de su novia diciéndole:

—Florencia, tu sabes también que yo lo haría todo por tí... pero tengo mi amor propio, más fuerte que mi voluntad... Mi coche está inscrito en la carrera y vencerá a los demás.

La muchacha se levantó de donde estaba sentada, al lado de Jaime y se secó una lágrima que se deslizó por su mejilla, a la vez que le reprochaba a su novio su negativa diciéndole:

—Yo creía que te importaría más mi amor que tu triunfo, pero veo que estaba engañada!

Trató él de convencerla y Florencia, vencida, al fin por las palabras apasionadas de su novio terminó diciendo:

—Entre nosotros no puede haber disgustos, Jaime... Hoy es mi cumpleaños, ven esta noche a mi fiesta. Papá debe estar convencido de que se ha equivocado, y tratando de convencerlo con sus caricias—



Intentó fascinarla con una vida nueva

quiero darle la ocasión de reparar su error.
¿Vendrás?

—Haré lo que tu quieras, Florencia. Te amo tanto que nada puedo negarte.

Y con un beso lleno de amor se despidieron los dos amantes mientras que Dejean, que astibaba desde un agujero de la puerta quiso hacer lo mismo con Mary que le soltó un tremendo bofetón, para castigar su audacia. Claro está que luego compadecida, le besó ella el lado dolorido para que se curara antes, como así sucedió.

En el lujoso departamento de Roberto Barton, espía de la casa Roberts, un agente de esta casa esperaba las informaciones que a diario le daba el ingeniero de la casa Corbin y aquel día, después de recibir las informaciones, le dijo:

—Estos datos tienen valor, en efecto... pero estoy inquieto por el resultado de la carrera.

—No hay por qué inquietarse—respondió Barton—. Yo conduciré el coche... y usted comprenderá que no tengo interés en perjudicar a la casa Roberts.

—Así y todo convendría crearnos más ambiente en la casa de nuestro rival...—volvió a decirle el agente—. ¿En qué plan está usted con la hija de Corbin?... La ayuda indirecta de esa joven nos sería de mucha eficacia.

—Pírdea usted cuidado que todo se andará... Lleve usted esos datos que acabo de entregarle, al señor Roberts y dígale que esté completamente tranquilo que la victoria es nuestra.

CUARTA PARTE

Aquella noche, en la casa de los Corbin, se celebraba un espléndido baile, para celebrar el cumpleaños de Florencia y cuando ésta vió entrar a Jaime llamó aparte a su padre y le dijo:

—Papá, haz el favor de saludar a Jaime... Lo pasado, pasado está ya.

Corbin no opusó la menor resistencia al deseo de su hija, y Jaime estrechando la mano que le ofrecía su antiguo principal le dijo:

—Sé que ustedes, al despedirme, no obraron de mala fe, y por lo tanto es para mí una inmensa satisfacción el estrechar sus manos.

Inmediatamente Florencia se apoderó de él y Corbin, que a pesar de todo lo que había ocurrido apreciaba de veras a Jaime le dijo, momentos después a su ingeniero:

—Me parece que al despedir a Morgan obramos demasiado ligeros...

—No lo crea usted. Morgan era un peligro para nuestra casa y lo mejor que hemos podido hacer es lo que hemos hecho. De esta forma la victoria será nuestra seguramente—respondió Barton.

—Así lo espero—suspiró Corbin—de lo contrario mi ruina sería inevitable.

—Tranquilícese usted; ganaremos... y el "Corbin" será el coche que más se venderá el año que viene...

Entre tanto, Florencia se había alejado de la sala de fiestas con Jaime y éste le decía:

—Estoy intranquilo, le encargué a Marcelo que vigilase el carburador, pero seguramente se habrá puesto a flirtear con su Mary...

En aquel momento apareció una vieja ridícula, de estas solteronas que se creen siempre en edad de inspirar grandes pasiones y acercándose a Morgan le dijo:

—¿Quiere usted acompañarme al salón, Jaime? He desdeñado a los jóvenes que me asediaban, sólo para bailar con usted.

Como lo había supuesto Morgan, Marcelo estaba en aquellos momentos fregándole los platos a su Dulcinea y le decía:

—Esto lo hago para que vaya usted animándose, Mary... Ya verá usted el modelo de maridos que va a tener usted.

Y acercándose a ella intentó fascinarla con una nueva vida, diciéndole:

—Vendrás contigo a París, paloma mía, y todas las mujeres te envidiarán por los Campos Elíseos, te llevaré a la Ópera y entonces comprenderás lo grande que es mi cariño.

No pudo continuar hablando más tiempo. Había visto entrar una sombra en el taller y cogiendo una lima que había sobre la mesa se arrojó sobre el extraño visitante que vestía una amplia capa de mujer.

Lucharon durante un gran rato pero al fin pudo escapar y Marcelo salió detrás de él. Le vió subir en un automóvil y tomando otro indicó al chofer que siguiera al que iba delante hasta que lo vió pararse ante la casa de Corbin.

Reconoció en la persona que bajaba envuelta en la capa a Florencia, aunque no pudo verle el rostro y entró decidido a la casa, en busca de Jaime, y le dijo:

—Se han llevado el carburador. La persona que ha entrado en el taller se ha metido aquí dentro y esto lo he encontrado a la puerta, sin duda es que con la precipitación se le ha debido caer.

Examinó Jaime la capa que le enseñaba Marcelo y exclamó:

—¡Esta capa es de Florencia!

En aquel instante pasó por delante de ellos el ingeniero Barton y Marcelo dió un grito de sorpresa, exclamando:

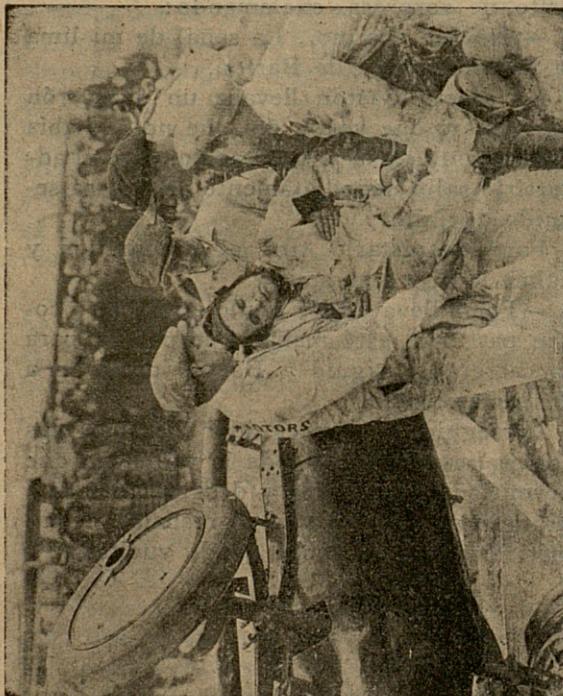
—¡No fué ella, no... La señal de mi lima la veo en la ropa de Barton.

En efecto Barton llevaba un desgarrón en el traje que vestía del que no se había dado cuenta en su precipitación, pero al advertirlo salió inmediatamente de la casa seguido de Jaime.

Para despistarle tiró el carburador y Jaime le dijo a su amigo:

—Toma lleva esto y ponlo en nuestro coche para que esté mañana preparado para la carrera—y siguió a Barton decidido a desenmascararlo.

Perseguido y perseguidor llevaban sus coches respectivos a toda la velocidad que permitían sus motores y desgraciadamente Morgan al dar una vuelta, resbaló el neumático y rodó el coche dando vueltas.



Rodó el coche dando vueltas

QUINTA PARTE

Al día siguiente, a la hora en que debía empezar la carrera todos los coches estaban alineados, incluso el de Morgan. Marcelo no hacía más que mirar a uno y otro lado buscando a su amigo, preocupado por su ausencia.

Miró el reloj varias veces y con gran esfuerzo vió que la hora de empezar se aproximaba velozmente sin que Jaime apareciese por ninguna parte.

—¿Dónde está Jaime? —le preguntó Florencia, que lo había buscado inutilmente.

—No lo sé, señorita —contestó el francés—. Me parece que cuando llegue será ya tarde para que pueda tomar parte en la prueba.

Florencia no dijo nada, sino que desapareció y al poco tiempo se presentó el chofer que había de conducir el coche que presentaba Jaime.

Subió a él, con gran destreza y momentos después empezó la carrera.

En estas carreras modernas, como en las justas antiguas, como en los torneos medievales la victoria es para los audaces y así sucedió aquel día que la victoria fué para el intrépido coche que presentaba Jaime Morgan.

A mitad de la carrera se presentó Morgan y al ver su coche corriendo le preguntó extrañado a Marcelo:

—Pero quien guía mi coche que lo lleva en primer lugar?

—Eso digo yo también—repuso Dejean—yo creí que sería usted.

Terminó la gran carrera y la victoria fué para el automóvil de Morgan. Al llegar éste a la meta el chofer que lo guiaba se descubrió y Jaime no pudo reneter el grito que salió de sus labios.

—¡Florencia!

—Yo sí, que quería a toda costa que tu amor es para mí, más grande que todo lo del mundo.

Jaime en compensación a aquella acción estrechó la mano al señor Corbin diciéndole:

—Mi carburador es de usted, señor Corbin.

—Prometí una recompensa y quiero cumplirla, pídale lo que quiera Jaime:

Este volvió los ojos hacia Florencia y el padre que comprendió la mirada de los jóvenes los enlazó él mismo, mientras se apartaba a un lado para que pudieran decirse las muchas cosas que sin duda tenían que hablar.

FIN

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interesantes. ¡Interesante! ¡Apasionante! ¡Intrigante!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renéz.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renéz.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renéz.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Una ilusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDIOLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSAS
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAÇÕES UNIDOS
por PÉDRO NIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS